
Servicio a la medida. Las políticas del trabajo de las otras mujeres*

Barbara Ehrenreich

En línea con la creciente polarización de clases, la postura tradicional de la sumisión regresa furtivamente: "Fregamos sus pisos a la manera tradicional", se jacta el folleto de Merry Maids, el más grande entre los servicios de limpiezas de residencias surgidos en las dos últimas décadas: "de rodillas y con las manos". Esta no es una postura que las "empleadas domésticas" independientes asuman voluntariamente, prefiriendo, como la mayoría de la gente que limpia su propia casa, el trapeador controlado desde una posición bípeda. En su completísima guía para el trabajo doméstico, edición 1999: *Home Comforts*, Cheryl Mendelson advierte: "Nunca le pida a las trabajadoras domésticas que limpien sus pisos de rodillas; es posible que esta solicitud sea vivida como degradante". Pero en una sociedad en la cual el 40 % de la riqueza está en posesión del 1 % de los hogares, mientras el 20 % del estrato más bajo informa estar en déficit, la degradación de los otros es fácilmente comprable. Los protectores de rodillas ingresaron al discurso político norteamericano, como una herramienta utilizada por las personas sexualmente subordinadas, pero las empleadas de Merry Maids, The Maids International y de otros servicios corporativos de limpieza, pasan varias horas cada día con las rodillas envueltas en estos dispositivos, limpiando las chorreaduras de la opulencia.

En septiembre de 1999 estuve tres semanas trabajando como empleada de The Maids International en Portland, Maine, limpiando, con mis compañeras integrantes del equipo, aproximadamente sesenta casas con un total de 250 pisos fregables —baños, cocinas y entradas—

* Publicado en *Harper's Magazine*, abril de 2000. Agradecemos al Sindicato de *Los Angeles Times* el permiso para su reproducción.

que requerían el tratamiento “de rodillas y a mano”. Hay un mundo diferente allí, por debajo del nivel de las rodillas, un mundo al cual pocos adultos ingresan voluntariamente. Aquí te encuentras elaboradas estructuras de polvo sostenidas por verdaderos andamios de pelos de perro; restos de pasta seca pegados por su salsa al piso; los recuerdos coagulados de jugos, cremas anticonceptivas, vómito y orina. Algunas veces también, te encuentras algunos fragmentos de ser humano: las piernas de un niño pataleando de disgusto porque las sirvientas están todavía presentes cuando regresa de la escuela; con más frecuencia, las elegantes pantuflas y las piernas electrolizadas de la propietaria de la casa. Miras hacia arriba y puedes encontrarte a la persona observándote fijamente, con los brazos cruzados, anticipándose ya a esa mancha que pasaste por alto. En raras ocasiones la patrona puede intentar ayudar de alguna manera vaga y simbólica. Moviendo la jaula de la cacatúa, por ejemplo, o disculpándose por las hojas esparcidas por un árbol miniatura de interior. La mayoría de las veces, no te verá en lo absoluto y hasta sucede que se siente con su correspondencia, en la mesa de la misma habitación que estás limpiando, donde permanecerá ignorando completamente tu existencia, a menos que estuvieras dispuesta a arrastrarte debajo de esa misma mesa y comenzar a gemir dolorosamente entre sus tobillos.

El trabajo doméstico, como sostenían las teorías feministas de los años sesenta y setenta, era supuestamente el gran piso común entre las mujeres. No importa qué otra cosa hiciéramos las mujeres —trabajos, escuelas, cuidado de los niños— también éramos responsables del trabajo doméstico, y si bien existían algunas mujeres que contrataban a otras para hacerlo en su lugar, parecían demasiado privilegiadas y raras como para incluirlas en los cálculos teóricos. Todas las mujeres eran trabajadoras y la casa era su centro de trabajo. Sin salario y sin supervisión, pero un espacio laboral comparable a las oficinas y fábricas hacia las cuales los hombres partían todas las mañanas. Si los hombres pensaban en sus hogares como un lugar de placer y recreación — “un refugio en medio de un mundo desalmado”— esto significaba ignorar al invisible proletariado femenino que lo mantenía cálido y acogedor. Estábamos en la marcha, o por lo menos eso nos imaginábamos, unidas contra una sociedad que devaluaba nuestra labor aun en sus más empalagosas letanías acerca de “la familia” y “el hogar”. Lado a lado y tomadas de los brazos, las mujeres se estaban finalmente levantando del suelo.

En la elaboración más llamativa del tópico de la casa como centro de trabajo, las feministas marxistas María Rosa Dallacosta y Selma James propusieron en 1972 que el hogar era de hecho un lugar de trabajo muy significativo y ampliamente productivo en términos económicos, una extensión de la fábrica, ya que el trabajo doméstico servía para "reproducir la fuerza de trabajo" de los demás, particularmente la de los hombres. El trabajador masculino difícilmente podría estar en forma para lanzarse aguerridamente hacia su turno laboral, si alguna mujer no lo hubiera alimentado, no le hubiera lavado y planchado su ropa, y no hubiera cuidado a esos niños que constituían la contribución del luchador a la nueva generación de trabajadores. Si la casa era un centro de trabajo sostenido por las mujeres para el beneficio último de los capitalistas, entonces se concluía que el "salario para las amas de casa" era la reivindicación indicada.

Pero cuando la mayoría de las feministas norteamericanas, marxistas o de otras filiaciones, se planteaban la pregunta marxista: *¿Cui bono?* tendían a responder de un modo mucho más simple: los hombres. Si las mujeres eran el proletariado doméstico, los hombres conformaban la clase de los explotadores domésticos, libres de holgazanear mientras sus compañeras fregaban. En los grupos de autoconciencia, despotricábamos contra nuestros maridos y novios que se negaban a recoger lo que habían dejado tirado a su paso, que eran totalmente ajenos a los esfuerzos que implicaba el trabajo doméstico, a menos, por supuesto, que este no se hubiera hecho. "Los calcetines en el suelo", dejados por un hombre para que una mujer los recogiera y los lavara, se sumaron al lápiz de labios y a los tacones de aguja como emblemas de la opresión de género. Y si en algún rincón un hombre hubiera arrojado realmente un calcetín, en la tranquila expectativa de que su mujer lo retiraría, este se convertía en un calcetín que se escuchaba caer alrededor del mundo. En cualquier lugar en el que hubiera germinado el feminismo de la segunda ola, se desataron batallas entre amantes y esposos por las superficies domésticas pegajosas, las pilas de ropa sucia, y ¿a quién le toca el turno del lavado de platos?

La idea radicalmente nueva era que el trabajo doméstico no marcaba sólo la relación entre una mujer y una colina de polvo o una cama deshecha; sino que también definía una relación entre seres humanos, en el más típico de los casos una esposa y un esposo. Este análisis se deslindó definitivamente de posturas más conservadoras como la de

Betty Friedan, quien, en: *La mística de la femineidad*, nunca pensó en incluir al sexo masculino en la ecuación, ni como parte del problema del trabajo doméstico ni como parte de su posible solución. Se enfurecía con una sociedad que consignaba a sus mujeres educadas a lo que ella percibía esencialmente como tareas propias de un conserje, por debajo de "las habilidades de una mujer de inteligencia humana normal o promedio" y, de acuerdo con estudios no identificados citados por ella: "particularmente adecuadas para jóvenes débiles mentales". Pero los hombres están virtualmente exentos del problema del trabajo doméstico en *La mística de la femineidad*. ¿Para qué jalarlos hasta allá abajo? En algún punto llega a mostrarse despectiva con una "Señora G", quien "por alguna razón no era capaz de terminar sus labores domésticas antes de que su marido regresara a la casa en la noche y entonces ella estaba ya tan agotada que era él quien tenía que ocuparse". La solución era que las mujeres con una formación se volvieran más eficientes de modo que el trabajo del hogar no siguiera "expandiéndose y llenando todo el tiempo libre".

O podrían contratar a otras mujeres para hacerlo: una opción aprobada por Friedan en *La mística de la femineidad* al igual que por la Organización Nacional de Mujeres (NOW) que ella ayudó a fundar. En las discusiones parlamentarias de 1973 sobre la conveniencia de extender "El acta de los derechos laborales" a las trabajadoras domésticas, la Organización Nacional de Mujeres argumentó por el sí, fundamentándose en que la mejora de los salarios y las condiciones de trabajo atraería a más mujeres hacia estos espacios de trabajo y concluyendo con una predicción aparentemente auto-contradictoria: "La demanda de ayuda para el trabajo en el hogar, va a continuar incrementándose en la medida en que más mujeres busquen ocuparse fuera del hogar". Una integrante de la organización añadió una nota personal: "Como muchas mujeres jóvenes hoy, estoy en la universidad con el fin de tener un trabajo gratificante. También tengo un hogar que manejar y puedo perfectamente concebir la necesidad de una ayuda doméstica ya que mi tiempo libre en la casa es cada vez más restringido. Las mujeres saben que el trabajo doméstico es sucio y tedioso, y están dispuestas a pagar para que se los hagan...". Con respecto a las aspiraciones de las empleadas domésticas, asumiendo que por lo menos algunas de las participantes fueran lo suficientemente "brillantes" como para contratarlas, ni Friedan, ni las militantes de la organización tenían —en aquella época— ni una palabra que decir.

Lo que distinguió a la generación feminista post-Friedan, más radical, fue la conciencia de que cuando hablamos del trabajo doméstico, estamos en realidad hablando, una vez más, de poder. El trabajo doméstico no era degradante porque implicara un trabajo manual, como pensó Friedan, sino porque estaba envuelto en relaciones degradantes y servía inevitablemente para reforzarlas. Hacer un desastre, con el que otra persona va a tener que lidiar —los “calcetines en el suelo”, la pasta de dientes esparcida en el espejo del baño, los platos sucios dejados en recuerdo de una cena tardía— es ejercer la dominación en una de sus formas más íntimas y silenciosas. La arrogancia de una persona —o la indiferencia o la prisa— se convierte en la ocasión de un esfuerzo suplementario para otra persona. Y cuando la persona en lugar de la cual se realiza la limpieza es generalmente un hombre y cuando la que realiza la limpieza es generalmente una mujer, tenemos una fórmula segura para reproducir la dominación masculina de una generación a la otra.

De allí la percepción feminista del trabajo doméstico, como una más de las maneras en las cuales los hombres explotan a las mujeres, o puesto de manera más neutral como “una representación simbólica de las relaciones entre los sexos”. Una caricatura alemana de los inicios del movimiento de liberación femenina muestra a una mujer fregando el piso de rodillas, mientras su esposo, aparentemente excitado por esta pose, se acerca por detrás, bajándose el cierre. De ahí la repugnancia de la segunda ola de feministas ante la contratación de “sirvientas”, especialmente cuando eran mujeres de color: la poeta Audre Lorde, en una conferencia feminista a la que asistí en 1980, eligió insultar a las mujeres del público, todas blancas, acusándolas de estar presentes sólo porque tenían empleadas domésticas negras que estaban en su casa cuidando a los niños. Pescó a la asamblea equivocada, la mayoría de las feministas radicales allí reunidas no hubiera contratado a una empleada doméstica negra, así como no hubiera corrido a pegar banderitas de los Confederados en las ventanas traseras de sus carros. Pero acusaciones como la de Audre Lorde, repetidas en innumerables conferencias y reuniones, reforzaron nuestro rechazo a la opción de las “sirvientas”. En el hogar promedio, había ya por lo menos dos adultos corporalmente capacitados: un hombre y una mujer, y la esperanza residía en que después de algunas escaramuzas iniciales, los hombres aprenderían a compartir el esfuerzo doméstico amablemente.

Un par de décadas después, sin embargo, el hogar promedio, se halla muy lejos de ese objetivo. Ciertamente, las mujeres realizan menos trabajo doméstico del que les tocaba antes de la revolución feminista y del aumento del número de familias que cuentan con dos ingresos. El porcentaje del tiempo de trabajo doméstico femenino bajó de 30 horas por semana en 1965 a 17.5 horas en 1995, de acuerdo con un estudio dado a conocer por la Universidad de Maryland en julio de 1999. Parte de ese descenso revela más un relajamiento de los estándares que una redistribución de tareas; las mujeres efectúan aún las dos terceras partes de cualquier trabajo doméstico (incluyendo el pago de facturas, el cuidado de las mascotas, el orden de la casa, el cuidado del césped). La desigualdad se agudiza en las tareas domésticas más despreciadas: en los treinta años que van de 1965 a 1995, los hombres incrementaron en un 240 % el tiempo que invierten en fregar, aspirar y barrer —hasta llegar a 1.7 horas por semana. Mientras el tiempo invertido en la limpieza decreció para las mujeres sólo en un 7 %, es decir 6.7 horas por semana. Los promedios esconden una gran variedad de arreglos, por supuesto, desde las negociaciones de repartición más minuciosas hasta las más estereotipadas formas de división del trabajo. Como lo describió una mujer en el *Washington Post*: “Yo cuido el interior, él cuida el exterior”. Pero quizá el hallazgo más perturbador es que casi todo el incremento de la participación masculina en el hogar tuvo lugar entre la década de los setenta y mediados de 1980. Pasados quince años después del aparente cese de las hostilidades, no creo que sea demasiado pronto para anunciar los resultados de la “guerra de las tareas” de los años setenta y ochenta. Las mujeres ganaron muy poco terreno, pero sobre todo, y después de algunas concesiones estratégicas, ganaron los hombres.

Entra entonces, la “señora de la limpieza” como una *dea ex machina*, restaurando la tranquilidad y el orden en el hogar. Los consejeros matrimoniales la recomiendan como una alternativa a las disputas por la distribución de las tareas domésticas en la pareja, al igual que hacen muchos dentro de la industria de la limpieza. Una trabajadora doméstica de Chicago afirma haber escuchado a una de sus clientes comentar que si dejara de contratar el servicio: “mi esposo y yo estaríamos divorciados en seis meses”. Cuando la tendencia hacia contratar personas externas para realizar las labores domésticas estaba comenzando a despegar, en 1988, el propietario de una franquicia de Merry Maids en Arlington, Massachusetts, declaró al *Christian Science Monitor*: “Bro-

meo con algunas mujeres. Les digo: "Nosotros hasta salvamos matrimonios. En este nuevo periodo de los años ochenta usted espera más de su compañero, pero con mucha frecuencia no recibe la cooperación que está esperando. La alternativa es pagarle a alguien para que venga...". Otro propietario de una franquicia de Merry Maids ha aprendido a capitalizar de manera aún más directa los conflictos relacionados con el trabajo doméstico; realiza cerca del 30% o 35% de sus ventas haciendo llamadas de seguimiento los sábados por la mañana: "momento privilegiado para una disputa con el tema: la casa es un desorden". La micro-derrota del feminismo en cuanto al cuidado de la casa abrió una nueva puerta para las mujeres, sólo que esta vez fue la puerta por la que entra el servicio doméstico.

En 1999, entre el 14% y el 18% de los hogares empleaban a una persona para hacer la limpieza, y el número ha ido aumentando considerablemente. La investigación de Mediamark informa sobre un incremento del 53 % entre 1995 y 1999, en el número de hogares que emplea una ayudante doméstica o un servicio de limpieza una vez al mes o más, y *Maritz Marketing* encuentra que el 30% de las personas que contrató ayuda doméstica en 1999, lo hizo ese año por primera vez. Entre mis amigas y conocidas profesionistas de la clase media, incluidas algunas que hicieron importantes contribuciones al análisis temprano del trabajo doméstico, el contratar a una empleada es hoy casi universal. Esta súbita emergencia de una clase de servidoras domésticas es consistente con lo que algunos economistas han llamado: "la brasilización" de la economía norteamericana: nos estamos dividiendo en dirección de las mismas líneas que existen en las sociedades tradicionales latinoamericanas, hacia una clase alta minúscula y una vasta clase económicamente desfavorecida, con la segunda disponible para ejercer servicios domésticos íntimos en beneficio de las primeras. O, para ponerlo de otra manera, el hogar, o por lo menos el hogar acomodado, se está convirtiendo finalmente en lo que las feministas radicales de los años setenta sólo imaginaron que era: un verdadero "centro de trabajo" para las mujeres y una minúscula —aunque crecientemente visible— fracción de la economía capitalista. Y la pregunta es: ¿si el hogar se convierte en el espacio de trabajo de otra persona, es todavía un lugar en el que querrías vivir?

Extrañamente, o quizá no tan extrañamente, ya nadie habla de las "políticas del trabajo doméstico". La demanda de "salario por tra-

bajo doméstico" se ha convertido en algo exótico, así como los grupos de autoconciencia, en los cuales las mujeres alguna vez se apoyaron para sus luchas contra los hombres desordenados. En la academia, según las sociólogas feministas que entrevisté, la discusión acerca del trabajo doméstico ha perdido la mayor parte de su atractivo de antaño, en parte, sospecho, porque muy pocas sociólogas lo realizan actualmente. La mayoría de los norteamericanos, más del 80%, todavía limpian sus casas, pero la minoría que no lo hace incluye una parte importante de la fracción a la que pertenecen los hacedores de opinión y los productores de cultura de la nación: profesores, escritores, editores, políticos y celebridades de todo tipo. En sus hogares, la política del trabajo doméstico se está convirtiendo no únicamente en una política de género, sino también de raza y de clase, y estos son temas que la élite creadora de opinión —si no la mayoría de los norteamericanos— generalmente prefiere evitar.

Incluso es difícil calcular el número de personas contratadas como empleadas domésticas. La oficina de censos reporta que existían 549 000 en 1998, lo que implicaba un incremento del 9% desde 1996, pero puede ser que exista un subregistro aquí, ya que gran parte de la economía del servicio doméstico permanece aún subterránea. En 1995, dos años después de que Zoe Baird perdiera su oportunidad de ser procuradora general, por pagarle clandestinamente a su nana indocumentada, *Los Angeles Times* informó que menos del 10% de los norteamericanos que emplean a una ayuda doméstica lo declaran. La socióloga Mary Romero, una de las escasas mujeres de la academia que retiene un interés activo en el trabajo doméstico y en las mujeres que lo realizan por una paga, ofrece un ejemplo de lo serio que puede ser el subregistro: el censo de 1980 encontró nada más 1 063 "empleadas domésticas" en El Paso, Texas, cuando la alcaldía calculaba que había 13 400 y los choferes de autobús locales afirmaban que la mitad de los 28 300 viajes diarios de autobús eran tomados por sirvientas que iban o venían de su trabajo. La honestidad de los empleadores ha crecido desde el escándalo de Baird, pero la mayoría de los expertos creen que las trabajadoras domésticas permanecen en gran parte invisibles y sin posibilidad de ser contabilizadas en una economía más amplia.

Una cosa que se puede afirmar con certeza acerca de la población de trabajadoras domésticas es que son —sobre todo— mujeres de color: tipos de gente más "baja", para un tipo de trabajo más "bajo".

De las "empleadas domésticas privadas", que La Oficina de Estadísticas Laborales logró detectar en 1998, 36.8% eran hispánicas, 15.8% eran negras, y el 2.7% correspondía a la categoría "otros". Ciertamente la asociación entre el trabajo de limpieza pagado y el estatus de las minorías está bien establecido en la psique de la clase blanca empleadora. Cuando mi hija Rosa fue presentada con el padre rico de uno de sus compañeros de clases en Harvard, el individuo aventuró que seguramente había sido nombrada así en honor de alguna sirvienta preferida. Y Audre Lorde puede quizá ser perdonada por su acusación tan poco temperada durante el congreso feminista antes mencionado, si tomamos en cuenta una experiencia que tuvo en 1967: "Empujaba a mi hija de dos años en un carrito en el supermercado... una niña pequeña blanca pasó junto a nosotros en el carrito de su madre y exclamó emocionada: 'mira mami, una bebé sirvienta'". Pero la composición de la fuerza del trabajo doméstico no es en absoluto fija y ha variado con las oportunidades de vida de los diferentes grupos étnicos. A finales del siglo XIX, los inmigrantes irlandeses y alemanes servían a las clases media y alta del norte, después —tan pronto como pudieron— partieron hacia las fábricas. Los reemplazaron las mujeres negras, que conformaban el 60% de todos los trabajadores domésticos de los años cuarenta. Dominaron el terreno hasta que se les abrió la oportunidad de dedicarse a otras ocupaciones. De la misma manera, las sirvientas de la costa oeste eran en un número apabullante japonesas-norteamericanas, hasta que a este grupo también se le abrieron opciones más alentadoras. Hoy, el color de las manos que deslizan la esponja cambia de región a región: chicanas en el sureste, caribeñas en Nueva York, nativas hawaianas en Hawai, blancas, muchas de reciente extracción rural, en Maine. La vasta mayoría —aunque de nuevo aclaro, nadie conoce los números exactos— de las empleadas domésticas trabajan a destajo o son "independientes", y encuentran a sus clientes a través de agencias o redes de amigos o parientes ya en funciones. Para mis conocidos de la clase empleadora, la trabajadora doméstica "independiente" parece ser un tipo de trabajadora muy privilegiado y próspero, una verdadera aristócrata del mundo laboral. Algunas veces pagada a quince dólares la hora o más, a veces vista como una amiga o con frecuencia tratada como "una persona de la familia". Pero la cambiante composición étnica de esta fuerza de trabajo nos narra otra historia: esta es la clase de trabajo en la que

muchos han quedado atrapados —por el racismo, insuficiente habilidad en el inglés, problemas con el estatus migratorio, o falta de formación— pero muy pocos han elegido alegremente. Las entrevistas realizadas por las sociólogas Mary Romero y Judith Rollins, quien trabajó ella misma como sirvienta en el área de Boston a principios de los ochenta, confirman que este trabajo es indeseable para quienes lo ejercen. Aun cuando la paga se juzgue aceptable, las horas pueden ser largas e impredecibles; normalmente no se cuenta con un seguro de salud, no hay ninguna seguridad en el empleo y, si el empleador no ha pagado los impuestos de la seguridad social (en algunos casos porque la trabajadora doméstica misma prefiere ser pagada por debajo de la mesa), no hay beneficios de jubilación. Y el salario con frecuencia está lejos de ser aceptable. La Oficina de Estadísticas Laborales encontró que “trabajadores de limpieza y sirvientes de casas privadas” empleados de tiempo completo tenían un ingreso anual de 12 220 dólares en 1998, lo que estaba 1 092.00 dólares por debajo del nivel de pobreza calculado para una familia de tres. Recordemos que Zoe Baird les pagaba a sus trabajadoras domésticas indocumentadas cerca de cinco dólares la hora a pesar de tener un ingreso de 507 000 dólares al año.

En el extremo más espeluznante existe la esclavitud. Algunos casos de trabajo forzado surgen en la prensa cada año, más recientemente —en alguna versión de pesadilla de la globalización— se dieron a conocer las vidas de mujeres indocumentadas mantenidas en estado de servidumbre por miembros de alto rango de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional. Por ejemplo, el juicio iniciado por Elizabeth Senghor, una mujer senegalesa que alegó haber sido forzada a trabajar catorce horas al día por sus patrones en Manhattan, sin ningún pago regular, y sin contar como espacio personal más que con un sofá cama en la sala de sus empleadores. La suya no es ni siquiera una historia que ejemplifique de manera particularmente cruel la esclavitud doméstica. No hubo acusaciones de golpes o abuso sexual, la señorita Senghor aparentemente recibía alimentación. Lo que hace a este caso particularmente lamentable es que su patrona, la ex empleada de Naciones Unidas, Marie Angélique Savane, era una de las líderes de las abogadas por los derechos de las mujeres en Senegal, y había dado una entrevista en *The Christian Science Monitor* en 1986, relatando sus esfuerzos para hacer entender a los senegaleses que:

“Ser mujer puede significar otras cosas más allá de simplemente tener hijos y cuidar la casa”.

Casi siempre, sin embargo, las trabajadoras domésticas “independientes” —y algunas veces las mujeres que las emplean— se quejan de la intimidad peculiar de la relación patrona-empleada. El servicio doméstico es una ocupación que precede a la refrescante impersonalidad del capitalismo por varios miles de años: las condiciones del trabajo son definidas por la idiosincracia de los patrones. Algunos de ellos buscan amistad e incluso eso que sus trabajadoras describen como: “terapia”, aunque están prestos, claro, para levantar las redes una vez que la sirvienta es percibida como invasora. Otros exigen deferencias que bordean el servilismo, mientras que una fracción creciente de los nuevos ricos están simplemente fuera de control. En agosto de 1999, el *New York Times* reportó el problema creciente de fiestas interrumpidas por la escena de una anfitriona gritándole a sus ayudantes. Al abuso verbal se suman denuncias públicas de abusos físicos y sexuales: un adolescente, por ejemplo, pateando a una nana de planta que se negó a hacer sandwiches para él y sus amigos después de la escuela.

Pero para bien o para mal, el racionalismo capitalista está por fin haciendo algunos progresos dentro de este extraño remanso pre-industrial. Los servicios de limpieza corporativos controlan ahora del 25% al 30% de los mil millones de dólares que reporta el negocio de limpieza de casas, y quizá su mejor innovación ha sido la de abolir la relación patrona-sirvienta con todas sus vicisitudes y dependencias. El cliente contrata al servicio, no a la trabajadora doméstica, quien ha sido reemplazada por un equipo de dos a cuatro personas uniformadas, sólo una de los cuales —el jefe del grupo— está autorizada para hablar con el empleador acerca del trabajo que se realiza. El salario de las empleadas, los impuestos de la seguridad social, documentos de migración, dolores de espalda y los problemas con el cuidado de sus hijos son conflictos que resuelve la empresa, es decir el propietario de la franquicia local. Si hay quejas de cualquiera de los dos lados, se dirigen al propietario: el cliente y los trabajadores no tienen nunca necesidad de interactuar. Como generalmente el dueño de la franquicia es una persona blanca de la clase media, los servicios de limpieza son la solución ideal para alguien todavía lo suficientemente sensible como para vivir la relación tradicional patrona-sirvienta como una experiencia moralmente ofensiva.

En un artículo de 1997 acerca de Merry Maids, *Franchise Times* reportó laconicamente que: "La categoría está en pleno boom, el nicho (de mercado) está en primera fila, ya que los estadounidenses trabajan hacia afuera incluso desde la casa". No todos los servicios de limpieza son prósperos y hay una tasa alta de fracaso en los servicios informales de cuidado de niños. El boom está concentrado en las cadenas de servicios de limpieza nacionales e internacionales —Merry Maids, Molly Maids, Mini Maids, Maid Brigade y The Maids International— todas con nombres que subrayan —curiosamente— los aspectos más antiguos de la industria, aunque la "sirvienta" pueda en ocasiones ser un hombre. Merry Maids afirmaba estar creciendo entre el 15% y el 20% por año en 1996, y portavoces de los dos servicios: Molly Maids y The Maids International me contaron que los ingresos de sus empresas aumentan a un ritmo del 25% al año; las franquicias locales están igualmente a la alza. Dan Libby, mi jefe en The Maids, me confió que él podría doblar las cifras de su negocio en una noche si tan solo lograra encontrar suficientes empleados de confianza. Hasta este momento, The Maids ofrece una semana pagada de vacaciones, seguridad social después de los noventa días, y un desayuno gratis todas las mañanas, que consiste en —al menos donde yo trabajé— café, donas, panecitos y plátanos. Algunas franquicias han negociado con las estrecheces del mercado laboral participando en proyectos del tipo "desempleados al trabajo" organizados por la oficina de Bienestar Social, lo que no únicamente les proporciona mano de obra, sino que con frecuencia también subsidia los cheques de pago con dinero público, por lo menos durante los primeros meses de trabajo (lo que no significa que la trabajadora doméstica recién nombrada gane más, sino simplemente que la compañía le tiene que pagar menos). La oficina de Merry Maids en la ciudad donde yo trabajé está convenientemente localizada a una cuadra de la oficina de Bienestar Social.

Entre las mujeres con las cuales trabajé en The Maids, sólo una había prestado antes sus servicios de manera independiente, y aseguró estar contenta con su nuevo estatus de empleada de un servicio de limpieza. Ya no necesitaba un carro para trasladarse de casa en casa y podía tomarse un día libre —sin salario por supuesto— para quedarse en la casa con un niño enfermo sin arriesgarse a perder a una cliente. Yo misma pude ver las ventajas de no tener que negociar directamen-

te con los clientes, quienes en ocasiones estaban en su casa mientras trabajábamos, desesperados por hacer uso de sus talentos supervisores: las críticas hacia nuestros métodos y demandas para hacernos cumplir tareas fuera de la agenda, podían simplemente ser referidas al propietario de la franquicia.

Pero hay pérdidas inevitables para los trabajadores cuando cualquier industria se moviliza desde una fase empresarial a la fase industrial; probablemente en este caso la desventaja más notoria sobrevino en el ámbito del salario. En Merry Maids, me prometieron 200 dólares por cuarenta horas de trabajo por semana, con el gerente precipitándose a aclararme que “no se puede calcular por hora en dólares”, ya que las cuarenta horas incluyen el tiempo de traslado de una casa a la otra —hasta cinco casas por día— tiempo que no es pagado por el cliente. The Maids International, con su tasa de inicio de 6.63 dólares la hora, parecía preferible, aunque estaba condicionada a la perfección en términos de asistencia. Faltabas un día y tu salario bajaba a 6 dólares la hora durante dos semanas, una regla que pesaba particularmente en aquellas mujeres que tenían hijos pequeños. Aprendí rápidamente que el servicio administrativo tiene siempre maneras de rasurarte cerca de una hora de salario al día. Se nos pedía llegar a las 7.30 de la mañana, pero nuestras horas facturables comenzaban sólo una vez que hubiésemos sido organizados en equipo, asignadas nuestras listas de casas para el día y después de estar el material de trabajo y nosotros mismos listos en el transporte de la compañía a las 8 de la mañana. Al final del día, dejaban de pagarnos en el momento mismo en que descendíamos del carro, aunque todavía nos restaban como quince minutos de trabajo —rellenar las botellas con líquidos para limpiar, etc. Hasta ahí, una jornada estándar de nueve horas. La paga real era, entonces, de cerca de 6.10 dólares la hora, a menos que estuvieras además castigada por una ausencia, en cuyo caso se reducía a 5.50 dólares la hora.

No existen empleados de servicios de limpieza con posibilidades de recibir ninguno de los beneficios o propinas familiares que se ofrecen a los trabajadores independientes —almuerzos y café gratuitos, herencias de ropa, o un regalo de navidad en efectivo. Cuando pregunté, solo una de mis compañeras de trabajo pudo acordarse de haber recibido una propina alguna vez y fue un boleto para una comida gratuita en un restaurante del centro, propiedad del cliente. No es que los clientes de los servicios de limpieza sean más tacaños que los

de las empleadas domésticas independientes; nada más que los primeros no conocen a sus empleadas de limpieza y quizá ni siquiera serían capaces de reconocerlas en la calle. Aún más, los clientes tal vez asumen que la tarifa que ellos pagan por el servicio —25 dólares por persona y por hora, en el caso de The Maids, la franquicia para la cual trabajé— va directamente a las trabajadoras responsables de la realización de la limpieza.

Pero el rasgo más interesante de las cadenas de servicios de limpieza, al menos desde una perspectiva abstracta e histórica, es que están finalmente transformando el hogar en un centro de trabajo totalmente capitalista de una manera en que las abogadas del “salario por trabajo doméstico” nunca hubieran sido capaces de imaginar. Una casa es un centro de trabajo naturalmente difícil de controlar, especialmente una casa con diez o más habitaciones como tantas de esas que limpiábamos. Los trabajadores pueden estar hasta una hora sin verse entre sí. Para las empleadas domésticas independientes, la naturaleza ingobernable de la casa como centro de trabajo implica un cierto grado de autonomía. Pueden tomar descansos (lo que probablemente es un consejo desatinado si la propietaria de la casa está en las inmediaciones); pueden atacar la monotonía escuchando la radio o la televisión mientras trabajan. En cambio las reglas de organización de los servicios de limpieza están hechas para reforzar en sus muy distantes empleados, una disciplina similar a la de las fábricas o a la de los conventos. En The Maids, no había pausa de descanso excepto por los diez minutos en que nos deteníamos en alguna tienda de alimentos para tomar un café o “almorzar”, lo que significaba algo así como una rebanada de pizza. Si no, el tiempo de transporte entre una casa y otra era considerado nuestro “descanso” y la única oportunidad de comer, beber o (aunque esto estaba oficialmente prohibido) fumar un cigarro. Cuando las casas quedaban lo suficientemente retiradas, podía comerme mi *sandwich* de una sentada; de otra manera tenía que ser dividido en hasta tres almuerzos apresurados.

En la casa de un cliente, nada en lo absoluto podía tocar nuestros labios —ni siquiera el agua— una regla que en los días calurosos, rompí bebiendo agua del grifo del baño. Las televisiones y los radios estaban más allá de todo límite. Y no podíamos nunca, pero nunca maldecir en voz alta, ni aún en la casa más ostentosa y desértica. Podría haber un propietario encerrado en alguna habitación, con la oreja

pegada a la puerta o más probablemente una grabadora o una cámara encendidas desde un escondite artero. En ese momento me pareció que eran historias inventadas para asustarnos, pero desde entonces, me he tropezado con anuncios que ofrecen aparatos como el *Tech 7* "increíble cámara del tamaño de una moneda" diseñada para "obtener un registro de las acciones de su niñera" y "observar a sus empleados y prevenir los robos". La amenaza real o el rumor de la existencia de máquinas escondidas que graban, proveía el último toque capitalista-industrial: la supervisión.

Lo que más acerca este tipo de trabajo a los usos de una fábrica, es la *taylorización* impuesta por las compañías. Una trabajadora independiente, o una persona que limpia su propia casa, elige por dónde va a comenzar y entre cada habitación, probablemente la emprende en primer término con la mugre más egregia. O puede planear su trabajo de una manera, digamos, ergonómica, primero haciendo todo lo que pueda hacerse desde una posición de pie y después gateando y agachándose para alcanzar los niveles más bajos. Pero con los "sistemas" especiales inventados por los servicios de limpieza e impartidos a los empleados a través de los videos de entrenamiento, no existe la posibilidad de tomar tales decisiones. En el "sistema: "toque saludable" de *The Maids*, muy similar a lo que observé en la cinta de entrenamiento del sistema *Merry Maids* durante mi entrevista con esta agencia, toda limpieza está dividida en cuatro áreas de tareas —desempolvar, aspirar, limpieza de cocinas y de baños— que se dividen por turnos entre los miembros del equipo. Para cualquier tarea que no sea la de aspirar, existe un cubo que contiene los trapos y los fluidos de limpieza apropiados, entonces, la decisión más importante que un empleado puede tomar es: con qué líquido e instrumento de restregado debe atacar los distintos tipos de superficie. Cuando te toca aspirar, comienzas con la recámara principal; cuando te corresponde desempolvar, el inicio obligado es la primera habitación junto a la cocina; después te mueves a través de las piezas yendo de izquierda a derecha. En el momento de entrar a cada habitación, procedes a una limpieza de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. La misma ceremonia se repite en cada superficie: de arriba hacia abajo, de izquierda a derecha. Cualquier desviación de la regla es motivo de represión, como tuve la oportunidad de descubrir cuando el líder de uno de los equipos me encontró moviendo el brazo de derecha a

izquierda, mientras le sacaba brillo a una puerta francesa con el producto *Windex*.

No es fácil para alguien con una experiencia extensiva de limpieza —y me incluyo en esta categoría— aceptar esta pérdida de autonomía. Pero llegué a amar el sistema: primero, porque de no haber estado viajando rigurosamente de la izquierda a la derecha, hubiera sido fácil perder el camino en algunas de las residencias más grandes y caer en la omisión de alguna habitación. Segundo, ciertas casas ya estaban limpias cuando comenzábamos a limpiarlas, al menos juzgando desde los estándares normales, gracias probablemente a un ama de casa que mantenía el espacio en buen estado en el lapso que mediaba entre nuestras visitas; pero la ausencia de polvo visible no significaba que hubiera menos trabajo, ya que ninguna superficie podía ser descuidada nunca. Entonces era importante estar en control del “sistema de trabajo” de la compañía, para recordar dónde ya habías estado y qué habías ya “limpiado”. Sin duda, la ventaja más importante del sistema es que te permite alcanzar la velocidad de trabajo exigida por la compañía, que permite sólo una cantidad de minutos reglamentados por casa. Después de una o dos semanas en el empleo, me descubrí a mí misma moviéndome como robot de una superficie a la otra, agradecida de haber sido aliviada de cualquier proceso de pensamiento.

La ironía —con frecuencia estaba tan exhausta como para derivar de ella una cierta satisfacción maliciosa— es que el “sistema” no es en realidad muy sanitario. Cuando miré los videos de capacitación en “Cocinas” y “Baños” me quedé primero francamente desconcertada y me tomó varios minutos dilucidar el porqué: no hay agua, o casi no hay agua implicada en el proceso. Mi mamá, un ama de casa compulsiva, me enseñó a hacer la limpieza, y utilizaba el agua tan caliente, que necesitabas guantes de plástico para manejarla, además la utilizaba en cantidades tan de cataratas de Niágara, que probablemente la mayoría de los microbios desaparecían aplastados por el impacto del torrente mucho antes de que la espuma del jabón tuviera la oportunidad de resquebrajar sus paredes celulares. Los gérmenes nunca se mencionan en los videos provistos por The Maids. Nuestros antagonistas existían únicamente en el mundo visible —restos de jabón, polvo, pegotes en las superficies, pelos de perros, manchas y embadurnados— y eran atacados con un trapo húmedo o en los casos más graves por un

estropajo. Cepillábamos sólo para desaparecer las impurezas que podrían ser detectadas por un cliente al contacto del ojo o de la mano; dicho de otra manera, nuestro trabajo consistía en enjuagar. Nunca se dijo nada, ni en los videos ni en persona, acerca de las posibilidades de transportar bacterias, en las manos o en los trapos, por ejemplo del baño a la cocina o aun de una casa a la otra. En lugar de ello triunfaban los “toques cosméticos” enfatizados por los videos y en los cuales mi supervisor se empeñaba que me concentraré. Sacudir las almohadas y acomodarlas simétricamente; hacer brillar con aceite de bebé los lavaderos de acero inoxidable empañados; colocar todos los frascos de especias, los champús, etc., con la etiqueta mirando hacia fuera; peinar los pelos de los tapetes persas con un cepillito; utilizar la aspiradora para crear un estilo especial como de helecho en las alfombras; el final del papel higiénico y de los rollos de toallas de papel doblados de una forma especial. Finalmente, se rociaba la casa entera con el *spray* refrescante que imprimía la firma del servicio de limpieza. Una esencia floral empalagosa en nuestro caso, “bebé fresco” en el caso de Mini Maids.

Cuando le describí a la experta Cheryl Mendelson los “métodos” empleados en la limpieza de las casas me miraba incrédula. Un trapo humedecido con desinfectante no va a limpiar realmente una superficie sucia —me explicó— porque la mayoría de los desinfectantes se desactivan el contacto con la materia orgánica —es decir mugre— por lo que su eficacia disminuye con cada movimiento del trapo. Lo que se necesita en estos casos es un detergente y agua caliente, seguido de una abundante enjuagada. Con respecto a los pisos, juzgó que la cantidad de agua que usábamos —la mitad de un cubo pequeño— era altamente inadecuada, y de hecho, el agua con la que yo trapeaba los pisos lucía con frecuencia de un gris más bien desagradable. También confronté los métodos de limpieza de The Maids con la opinión de Don Aslett, autor de numerosos libros en técnicas de limpieza y estilos de limpieza particulares: “el limpiador número uno de América”. Titubeé ante el dilema de criticar o no directamente a The Maids, quizá porque él es —o me dijo que es— un conferencista frecuente en los congresos de detentadores de franquicias de servicios de limpieza, pero sí aceptó decirme cómo limpiaría él una superficie de cocina: primero, se rocía con un limpiador “para todo tipo de limpiezas”, después se le deja actuar por tres o cuatro minutos de “tiempo asesino”, y finalmente se

retira el fluido en seco con una tela limpia. Limpiar apenas una superficie con un trapo humedecido —me dijo— no hace más que esparcir la mugre. Pero el objetivo en *The Maids* —aparentemente— no es tanto la higiene real, sino el crear la apariencia de que el espacio ha sido limpiado, no realizar una limpieza profunda, sino inventar una especie de escenario para la vida familiar. Y el escenario que los norteamericanos parecen preferir es estéril sólo en un sentido metafórico, como un cuarto de motel, o como los falsos interiores en los que se desarrollan las telenovelas.

Pero aun el trabajo ritual puede provocar bajas entre aquellos asignados para llevarlo a cabo. La rotación de personal en la industria del servicio de limpieza es altísima, y no nada más por los retos a los que se enfrentan siempre los trabajadores pobres: problemas con el cuidado de los niños, transporte poco confiable, desalojos y problemas previos de salud. Como me advirtió la verborrérica mujer que me entrevistó en *Merry Maids* y como me confirmaron mis compañeras de trabajo en *The Maids*, esta es una ocupación que castiga físicamente, algo en lo que se puede trabajar durante algunos meses, pero no año tras año. La postura “de rodillas y a mano” lastima las rodillas con o sin protectores, aspirar tensa la espalda, el estar fregando constantemente provoca lesiones musculares aún en los muy jóvenes. En mis tres semanas de trabajar como ayuda doméstica, no sufrí más que un persistente dolor muscular en el antebrazo, pero el daño hubiera sido bastante peor si hubiera tenido que regresar a la casa cada noche a realizar mi propio trabajo doméstico y el cuidado de los niños, como sucedía con la mayoría de mis compañeras, en lugar de regresar —como hacía yo— a mi cuarto de motel y sumergirme en un régimen post-laboral diario de estiramientos musculares y compresas heladas. Las tareas que en el hogar parecen no implicar mayor esfuerzo —que incluso en ocasiones adquieren un tinte recreativo— cuando son emprendidas voluntariamente durante veinte minutos cada vez, se vuelven horrendas cuando se realizan hora tras hora, con escasos descansos o sin ellos, y con una presión de tiempo que no da tregua.

Hasta el momento, la empleada doméstica independiente se mantiene, pero existen razones para pensar que los servicios corporativos de limpieza van a dominar la industria. Los nuevos usuarios, con frecuencia, prefieren el servicio impersonal y estandarizado que ofre-

cen las cadenas, y en una industria que crece muy rápidamente, estos nuevos usuarios conforman un sector considerable de la clientela total. Las regulaciones gubernamentales también favorecen a las cadenas corporativas, cuyos voceros hablan agradecidos del "efecto Zoe Baird", refiriéndose a las preocupaciones de los clientes con respecto a ser atrapados pagándole a una trabajadora independiente de manera ilegal. Pero el futuro del trabajo de limpieza en los hogares puede depender de la entrada en la industria de jugadores aún más poderosos. Merry Maids, la más grande de las cadenas, posee la ventaja de ser una parte de los seis mil millones de dólares del conglomerado *Service Master*, que incluye negocios relacionados tales como: *TruGreen-ChemLawn*, *Terminix*, *Rescue Rooter*, y *Furniture Medic*. *Swisher International*, más conocida como un servicio de limpieza de baños industriales, opera *Swisher Maids* en Georgia y Carolina del Norte, y es probable que *Sears* esté buscando entrar en el negocio. Si las enormes compañías multinacionales afianzan su posición en la industria, los profesionales de limpieza que cambien de una empresa a otra, encontrarán el sello del mismo producto estandarizado en cualquiera de estos lugares en el que se empleen. Para los actuales empleados, el cambio significará —todo parece indicarlo— una aproximación al trabajo más estandarizado y acelerada. Menos libertad de movimientos y menos oportunidades de descanso.

La tendencia a buscar afuera la solución al trabajo doméstico pareciera imparable. Hace doscientos años, las mujeres con frecuencia fabricaban jabones, velas, vestidos y ropa de cama en sus propias casas y las quejas de algunas de ellas ante los cambios de principios de siglo, de que habían sido "robadas por la desaparición del trabajo creativo" del hogar, es una declaración que hoy suena de un sin sentido casi reaccionario. No sólo las habilidades manuales —como cocer y crear platos "con las sobras"— abandonaron el hogar, sino que muchas de las tareas domésticas de "cuello blanco" están también en la ruta de evacuación. A cambio de una tarifa, algunas nuevas firmas como San Francisco, Les Concierges y Cross it Off Your List en Manhattan, recogen la ropa de la tintorería, cuidan a las mascotas, hacen las compras en el súper, entregan cenas preparadas y realizan hasta sus compras de navidad. Si además existen otras empresas e individuos que se ofrecen a comprarle su ropa, organizar sus finanzas, ordenar sus armarios, y esperar en la casa hasta que aparezca el

plomero, ¿por qué alguien querría aún aferrarse al lavado de los baños?

Existen todas las razones para pensar que los norteamericanos dependerán cada vez más de las empleadas domésticas y que esta actitud se extenderá hacia abajo en la escala social tocando a la clase media. Por un motivo importante: la agenda cerrada de las parejas que trabajan no da señales de perder pie; la gente está dispuesta a cumplir horarios más largos de oficina con el fin de poder pagar personas —empleadas domésticas y nanas— que los reemplacen en la casa. Los niños, que alguna vez constituyeron una fuente de ayuda para el trabajo doméstico, están ocupados ahora en la práctica del fútbol o los cursos de preparación especial; la abuela se mudó hacia un clima más cálido o inició una segunda carrera. Aún más, a pesar del hecho de que la gente pasa menos tiempo en la casa que nunca antes, los metros cuadrados de las nuevas casas aumentaron en un 33% entre 1975 y 1998, para incluir "salones familiares", habitaciones de entretenimiento, oficinas en el hogar, y con frecuencia un baño para cada miembro de la familia. Para el primer trimestre de 1999, el 17% de las nuevas casas medían más de 3 000 metros cuadrados, lo que se considera usualmente el factor determinante para la decisión de contratar una empleada doméstica, es decir, el punto en el que una casa se convierte en un espacio imposible de manejar para las personas que la habitan.

Hay un rasgo más que lleva a la gente a contratar ayuda doméstica externa, según los expertos en limpieza como Aslett y Mendelson: "Muy pocos norteamericanos saben cómo limpiar, o aun cómo ordenar". Escuché la siguiente frase en la boca de una mujer profesionalista: "No sabría realmente por dónde comenzar". Como a la mayoría de nosotros nos enseñaron a limpiar nuestros padres (generalmente nuestras mamás), cualquier disminución de las habilidades de limpieza es transmitida de generación en generación, como un gen que puede, en el medio ambiente adecuado, convertirse en discapacitador o letal. Los niños de la clase media alta, educados en la economía de la empleada doméstica, propia de los años noventa, están condenados a crecer tan incompetentes en el área de las tareas domésticas como sus padres y no menos dependientes que ellos de gente que realice por ellos el trabajo de limpieza. Mendelson observa este proceso como una pérdida metafísica, "un problema de no estar ya centrado físicamente en tu me-

dio ambiente". Habiendo limpiado las recámaras de muchos adolescentes sobre privilegiados durante mi estadía con The Maids, me parece que el problema es un poco más grave que eso. Las clases altas norteamericanas están educando una generación de personas jóvenes que, si no cuentan en el futuro con una asistencia constante, correrán el riesgo de asfixiarse bajo sus propios desperdicios.

Si el fenómeno social de los norteamericanos que dependen cada vez más del trabajo doméstico pagado, produce también pérdidas morales, nadie ha tenido la suficiente falta de tacto como para mencionarlo. De todos modos, casi todo lo que compramos, es el producto del sufrimiento y el trabajo miserablemente mal pagado de alguna otra persona. Yo limpio mi casa (aunque, para hacer la revelación completa recientemente contraté a una persona para que ordenara pues iba a recibir a un alojado), pero difícilmente podría alardear de pureza en otros territorios del consumo. Compró mis pantalones de mezclilla en *Gap*, famoso por subcontratar talleres con condiciones de trabajo particularmente injustas. Tiendo a favorecer ciertos objetos decorativos sin duda arrancados por los proveedores a algún artesano del tercer mundo escasamente pagado. Al igual que todos, como ensaladas verdes recién recogidas por trabajadores migrantes, algunos de ellos probablemente niños. Y así de frente. Podríamos tratar de señalar el dolor inscrito en el acto de comer, vestirse u otras formas de aprovisionarnos —organizar boicots, exigir el cumplimiento de un cierto nivel de demandas sindicales— pero no hay manera de evitar todos los casos que impliquen injusticia social sin terminar viviendo en estado salvaje y alimentándose de bayas. ¿Por qué entonces debería el trabajo doméstico pagado —entre todos los bienes y servicios que consumimos— despertar una angustia particular?

Y, sin embargo, la despierta, como he podido observar durante mis conversaciones con patronas libre pensadoras, quizá porque todos sentimos que hay maneras en las cuales el trabajo doméstico es distinto de otros productos y servicios. Primero, en su inevitable proximidad con las actividades que conforman la vida "privada". El hogar que se convierte en un lugar de trabajo para otra persona sigue siendo un hogar, aun cuando el centro de trabajo haya sido regulado minuto a minuto por las cadenas corporativas de limpieza. Una persona que no tiene remordimientos con respecto a comprar una alfombra tejida por niños esclavos en India, o café cosechado por campesinos explotados

en Guatemala, podría dudar en decirles a sus invitados a cenar que —sorprendentemente— su adorable hogar dobletea como taller de trabajo clandestino durante el día. Puedes evitarte el servicio de limpieza en cadena por supuesto, contratar a una empleada doméstica independiente con una generosa tarifa por hora, y aun apoyar, al menos espiritualmente, la sindicalización de la industria de la limpieza. Pero esto no cambia el hecho de que alguien está trabajando en tu casa en un oficio que ella ciertamente no hubiera elegido —si tuviera una educación universitaria, por ejemplo, o algo más de suerte en el camino— y el espacio donde ella trabaja, entusiasta o resentidamente, es el mismo lugar donde tú duermes.

Es también el lugar donde se educan tus hijos, y lo que ellos aprenden rápidamente es que hay personas que valen menos que otras. Aun mejores salarios o condiciones de trabajo no borran la jerarquía entre un patrón o patrona y su trabajadora doméstica, porque esa "ayuda" está allí generalmente porque el empleador "tiene algo mejor" que hacer con su tiempo, como lo pone un informe sobre las razones del crecimiento de los servicios de limpieza, sin percibir lo que la frase implica evidentemente: que la persona de limpieza, ella, no tiene nada mejor en que ocupar su tiempo. En un hogar que roza apenas la clase media, el mensaje puede ser reforzado con una advertencia hacia los niños: eso es lo que ellos terminarán haciendo si no se esfuerzan en la escuela. El trabajo doméstico, como lo propusieron alguna vez las feministas radicales, define una relación humana y cuando se divide de manera inequitativa entre los grupos sociales, fortalece las desigualdades pre-existentes. En otras palabras, la suciedad tiende a pegarse a la gente encargada de desecharla ("recogedor de basura" y "señoras de limpieza"). O, como me dijo el empresario de servicios de limpieza Don Aslett con cierta amargura —y este es un hombre exitoso, Director del Consejo de un servicio de limpieza industrial e invitado frecuente en programas de televisión— "La mentalidad de todos allá afuera es que si tu limpias, eres escoria".

Una de las cosas "mejores" que los patrones de las empleadas domésticas quieren hacer con su tiempo, es por supuesto, pasarlo con sus hijos. Pero un problema relevante con respecto a la educación infantil posterior al siglo XIX —como Deirdre English y yo argumentamos en nuestro libro *Por su propio bien* hace algunos años— es precisamente que este compartir se halla desconectado de cualquier

propósito definido. Otrora, "la maternidad" y "la paternidad" significaban instruir a los niños en tareas necesarias; hoy es más probable que se centren en una conversación unilateral que comienza con: "Entonces, ¿cómo te fue hoy en la escuela? Nadie desea poner de nuevo a los niños a trabajar deshierbando o haciendo remiendos, pero en el vacío que son los hogares modernos, las relaciones con los niños son con frecuencia más bien tensas. Un poco de tiempo de "baja calidad" dedicado a lavar los platos o a acomodar la ropa, puede proporcionar un cómodo espacio para las confidencias, y ofrecer a una niña o niño la dignidad de saber que es un participante en el trabajo de la casa y no sólo su producto.

Hay otra lección que la economía del servicio doméstico enseña a sus beneficiarios y —más preocupante— a los niños que cohabitan con ellos. Que alguien pase detrás de ti limpiando tu desorden, es lograr una cierta ligereza del ser y una inmaterialidad casi mágicas. Todos nos quejamos de la violencia de los video-juegos, pero el trabajo doméstico pagado tiene como consecuencia la misma abolición del efecto: destruyes al villano y lo dejas anegándose en sangre mientras tú continuas de frente; arrojas los calcetines al piso sabiendo que levitarán, serán lavados y acomodados de regreso en su morada habitual. El resultado es una clase de experiencia virtual, en la cual el rastro de basura que te sigue, pareciera evaporarse por sí mismo. Riega miel en el piso y la persona de limpieza lo cepillará el miércoles apenas llegue. Deja el *Wall Street Journal* regado alrededor de tu asiento en el avión y los intendentes del vuelo se harán cargo apenas te bajas. Esparce las toxinas producto de tu fábrica y serán filtradas eventualmente por los pulmones del público que respira. La economía de la sirvienta engendra insensibilidad en quien se hace servir y lo hace de manera mucho más efectiva cuando el servicio es llevado a cabo de cerca y rutinariamente en el lugar donde el patrón y la patrona viven y se reproducen.

Las situaciones individuales varían, por supuesto, de maneras que escapan a los juicios previos. Algunas personas —los mayores o discapacitados, los padres de bebés recién nacidos, los asmáticos que requieren un medio ambiente libre de elementos que provoquen alergias— pueden muy bien necesitar ayuda en la realización de esas actividades que el personal de las casas de retiro suele llamar: actividades de la vida diaria, ningún sentimiento de vergüenza debería

asociarse con esta dependencia. En órdenes sociales más generosos, el servicio de trabajo doméstico sería subsidiado para aquellas personas que lo necesitaran por problemas de salud, una medida que podría generar un número importante de nuevas fuentes de empleo para personas escasamente calificadas que hoy limpian las casas de los ricos. Y en un orden social menos dividido por el rol de género, los esposos y los compañeros cumplirían con más facilidad su parte en las tareas de la casa.

Cualquiera que sea la manera en la que resolvamos el conflicto en nuestras casas, el reto moral consiste, por decirlo llanamente, en hacer de nuevo visible el trabajo: no sólo el hecho de fregar y pasar la aspiradora, sino todo el apilado, el martilleo, el taladreo, el reacomodo y el poner en orden que están implicados en la creación y el mantenimiento de un habitat vivible. En una cultura aún más inequitativa económicamente, donde tantos de los más ricos dedican sus vidas a persecuciones tan fantasmagóricas como la especulación, la confección de una imagen, o las encuestas de opinión, el trabajo verdadero —en el sentido pasado de moda de una labor que compromete las manos tanto como los ojos, que cansa el cuerpo y altera de manera directa el mundo físico— tiende a desaparecer de la vista. Las feministas de mi generación intentaron llevar una parte de este esfuerzo hacia la luz del día, pero como todas las mujeres profesionales que huyen de la casa en la mañana, dejaron el proyecto inacabado, el debate quebrado a mitad de una frase, las nobles intenciones sin satisfacer. Tarde o temprano, alguien más tendrá que terminar el trabajo.

Traducción: **María Teresa Priego**

Copyright of Debate Feminista is the property of Metis Productos Culturales SA de CV. The copyright in an individual article may be maintained by the author in certain cases. Content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.